A black and white portrait of an elderly man with white hair, looking directly at the camera with a slight smile. He is wearing a dark sweater under a light-colored jacket. The background is slightly out of focus, showing what appears to be a window or a door frame.

José Aldunate, sj.

in memoriam

1917 – 2019

José Aldunate, sj.

in memoriam

NACIÓ

el 5 de junio de 1917, en Santiago

INGRESÓ A LA COMPAÑÍA

el 31 de marzo de 1933, en el Noviciado de Chillán

HIZO LOS VOTOS DEL BIENIO

en 1935, en el Noviciado de Chillán

FUE ORDENADO SACERDOTE

el 21 de diciembre de 1947, en San Miguel, Argentina

HIZO SUS ÚLTIMOS VOTOS

el 2 de febrero de 1951, en Calera de Tango

PARTE AL ENCUENTRO DEL SEÑOR

el 28 de septiembre de 2019, en Santiago

MISIÓN

<i>1951 - 1963</i>	<i>Profesor de Teología Moral en PUC</i>
<i>1952 - 1961</i>	<i>Maestro de Novicios</i>
<i>1954 - 1961</i>	<i>Director de Revista Mensaje</i>
<i>1963 - 1969</i>	<i>Provincial de la Compañía de Jesús</i>
<i>1969 - 1980</i>	<i>Profesor de Teología Moral en PUC</i>
<i>1969 - 1972</i>	<i>Colabora en CONFERRE</i>
<i>1973 - 1974</i>	<i>Sacerdote Obrero en Concepción</i>
<i>1975 - 1980</i>	<i>Sacerdote Obrero en Maipú junto al P. Ignacio Vergara</i>
<i>1981 - 1983</i>	<i>Sacerdote Obrero en Pudahuel junto al P. Ignacio Vergara</i>
<i>1975 - 1997</i>	<i>Pastoral de DD. HH.</i>
<i>1998 - 2004</i>	<i>Operario en Casa de Estudiantes San José</i>
<i>2005 - 2015</i>	<i>Operario en Residencia San Ignacio</i>
<i>2015 - 2019</i>	<i>Ora por la Iglesia y la Compañía de Jesús</i>

ESTUDIOS EN LA COMPAÑÍA

Juniorado

Chillán (1935-1936); Córdoba, Argentina (1937)

Filosofía

San Miguel, Argentina (1938-1940)

Etapa apostólica

Colegio San Luis Antofagasta (1941-1943)

Teología

San Miguel, Argentina (1944-1947)

TÍTULOS ACADÉMICOS

Licenciatura en Filosofía

San Miguel, Argentina (1940)

Licenciatura en Teología

San Miguel, Argentina (1947)

Doctorado en Moral

Universidad Gregoriana, Roma (1948-1950)

P. JOSÉ ALDUNATE LYON 1917 - 2019

El Padre Alberto Hurtado, en carta del 7 de enero de 1948, le cuenta a Carlos Aldunate, que también estaba en Europa, cómo ha encontrado a su hermano José en Paray-le Monial, donde hacía su tercera probación¹: “Ayer estuve con José en Paray... lo encontré muy bien, muy contento; con un espíritu muy amplio, muy espiritual, muy equilibrado: en fin, me llenó de gusto. Y, sobre todo, muy abierto, comunicativo. En Paray ha caído muy bien, como me lo dijo un amigo francés. José es de los que necesita ánimo, pues, no se da cuenta él de todo su gran valer y tiende a deprimirse. Creo que hay en él una esperanza”. Alberto Hurtado, previendo la vuelta a Chile de José, pide al provincial Álvaro Lavín que lo destine al Hogar de Cristo, o a la ASICH², y lo nombra como uno de los posibles miembros del consejo editorial de la revista que deseaba crear.

¿Se cumplieron las esperanzas de Alberto Hurtado?

Cuando José llega a Chile, a mediados de 1950, recién doctorado en moral por la Universidad Gregoriana, es destinado a enseñar esta disciplina en la Facultad de Teología de la Universidad Católica y a colaborar con el Padre Hurtado en la ASICH. Fue profesor de teología moral hasta 1980, y él se identificó a sí mismo como teólogo moral hasta el final de su vida, aunque hacía muchos años que no ejercía la docencia. El trabajo en la ASICH, en cambio, quedó muy pronto truncado, porque sus superiores, por insinuación del Padre Hurtado, le piden un servicio que tal vez él no esperaba: ser maestro de los novicios que recién comienzan la vida en la Compañía.

El 2 de febrero de 1952 inició el período de diez años durante los cuales será maestro de 167 novicios, muchos de los cuales se retiraron durante el noviciado o en su formación posterior. A lo largo de esos diez años siguió ejerciendo como profesor de teología moral, y entre 1954 y 1958 fue director de la Revista Mensaje, uno de los trabajos para los cuales lo había sugerido Alberto Hurtado. En 1962 es nombrado superior de la Casa San Roberto Bellarmino, que vivía una etapa de mucha efervescencia y de fuerte incidencia en la vida eclesial y social del país, mientras seguía enseñando en la Facultad de Teología. Poco duró esta nueva misión, porque el 6 de agosto de 1963 fue nombrado, para su sorpresa, provincial de la Compañía en Chile, cargo que desempeñará con dedicación exclusiva hasta febrero de 1969, interrumpiendo la enseñanza de la teología moral que tanto le atrajo durante su vida.

Esos diecisiete años como maestro de novicios, superior de la Casa Bellarmino y provincial, constituyen una primera etapa de su vida apostólica muy volcada hacia adentro de la Compañía, aunque matizada por su servicio como profesor de teología moral y director de Mensaje. Como provincial le correspondió participar en la Congregación General XXXI, que eligió al padre Pedro Arrupe como General y que hizo cambios profundos en la Compañía. Famosa fue una carta circular que envió antes de la Congregación planteando una serie de puntos que debían ser abordados y que suscitó muchas y diversas reacciones en la Compañía Universal.

¹ Última etapa de la formación, previa a la realización de los últimos votos, dentro de la Compañía de Jesús

² Acción Sindical Chilena

Como provincial debió enfrentar la crisis de muchos estudiantes y aun de sacerdotes, que dejaron la Compañía en los turbulentos años post conciliares, algunos de los cuales habían sido sus novicios.

Los años 1969 a 1972 son una especie de transición en su vida religiosa: retoma los estudios y la enseñanza de la teología moral, vive con estudiantes de teología y, después, en la Casa Bellarmino, y se hace cargo de la formación en CONFERRE. El año 1972 es crucial, ya que significa un viraje espiritual, teológico y apostólico en su vida. Participa con otros sacerdotes en la experiencia de Calama, dirigida por el Pbro. Juan Caminada, que se orientaba a encontrar una inculturación de la fe en el mundo obrero y popular, para lo cual debían vivir como sacerdotes obreros en esa zona y desde esa experiencia buscar una nueva expresión de la fe.

A partir del segundo semestre de 1973 y durante algunos años, Pepe dedica un semestre a la enseñanza de la teología en forma intensiva y otro semestre a trabajar como obrero sin especialidad, primero en Concepción y después en Maipú, viviendo con Ignacio Vergara sj, que desde fines de los años cincuenta trabajaba como soldador independiente y vivía en medios populares. En estos años posteriores al golpe militar, y con la experiencia de Calama, forma parte del EMO (Equipo de Misión Obrera) junto a otros sacerdotes diocesanos y empieza su experiencia de defensa de los derechos humanos ayudando a refugiarse a perseguidos políticos, editando el periódico clandestino “No podemos callar” que posteriormente pasó a llamarse “Policarpo”, acercándose a la Agrupación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos y colaborando en una investigación sobre los derechos humanos que dio origen a un libro. Más adelante, fue uno de los creadores y activo participante de la Organización contra la tortura Sebastián Acevedo, célebre por sus actuaciones públicas para denunciar la práctica de la tortura en Chile en los años 80. Todo este trabajo lo vinculó con los sectores políticos de izquierda y le ganó el aprecio y reconocimiento de muchas personas, creyentes o no creyentes, por su coraje, solidaridad y consecuencia.

Pepe confidenció un día que hasta que fue provincial se consideró un hijo de la Compañía, pero después tomó conciencia de su “mayoría de edad” y que se consideraba un padre de ella. Le llamaba la atención que los superiores no le confiaran nuevas responsabilidades y lo dejaran respetuosamente libre para su acción apostólica en el campo de la teología moral y de la pastoral de los derechos humanos. Por eso recibió con alegría la petición de ir a vivir con los estudiantes de teología entre 1998 y 2004, aunque no dejó de echar de menos en ellos una mayor pasión por la teología y los derechos humanos. También, en el seno de su comunidad en Jesús Obrero, donde vivió entre 1983 y 1995, un día, cuando bordeaba los ochenta años, nos dijo que cada década de su vida había sido mejor que la anterior. En esos años también compartió que a toda petición de servicios que le pedían respondía que sí.

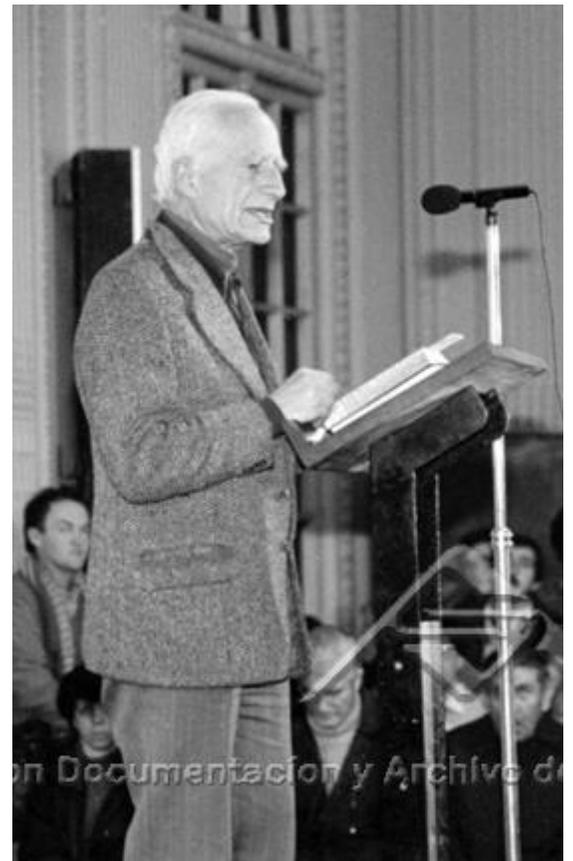
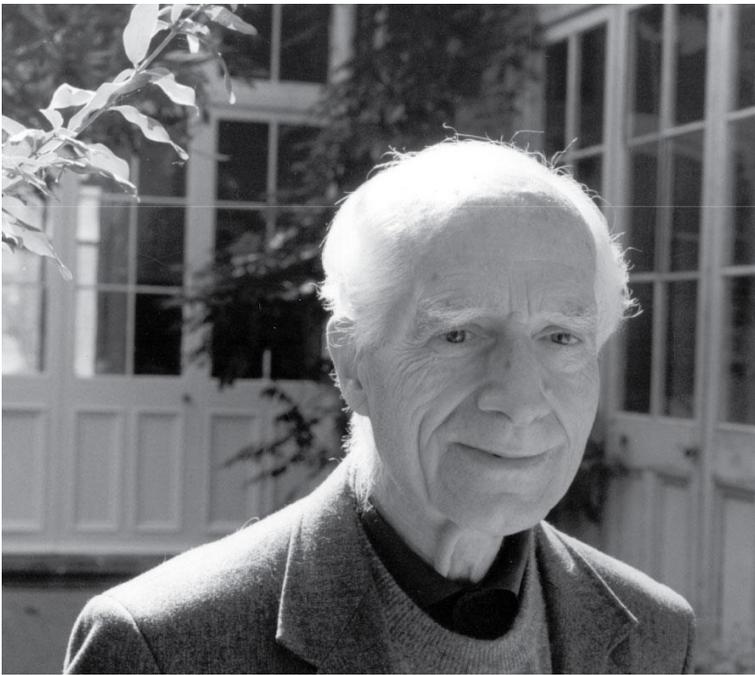
Se mantenía informado a través de la radio, que seguía con mucho interés, de las reuniones con sus colegas de EMO, de las lecturas que realizó abundantemente hasta que sus ojos empezaron a fallarle definitivamente. Amigos y amigas muy fieles empezaron a leerle artículos de prensa, revistas especializadas y hasta libros. Siempre estaba al día, especialmente en todo lo referente a la lucha por los derechos humanos, la justicia, el acontecer eclesial y el político. A partir de la dirección de “Policarpo” y, tal vez, recordando sus tiempos de Revista Mensaje, desarrolló una veta de periodista comprometido atento a la realidad subrayando muchas veces

que quería hacer una reflexión moral aterrizada y al alcance de la mayoría. A pesar del deterioro de su vista seguía escribiendo en su máquina de escribir, -por sus problemas de visión no pudo utilizar el computador que le habría facilitado mucho la vida- y enviaba sus colaboraciones a Reflexión y Liberación, La Nación, El Siglo y Radio Cooperativa. Cuando ya no pudo utilizar la máquina de escribir empezó a grabar los artículos que amigas transcribían, le leían y recibían las últimas observaciones. Deben de ser más de cuatrocientos sus artículos breves y que abordan una variedad enorme de asuntos, siempre desde la perspectiva de un teólogo moral creyente.

Habiendo tenido una formación teológico moral tradicional de corte escolástico, a lo largo de los años fue abriéndose cada vez más y fue muy sensible a las nuevas búsquedas en torno a problemas álgidos como el control de la natalidad, la ley de divorcio, el acceso de los divorciados vueltos a casar a la eucaristía, la posible aprobación de una ley de despenalización del aborto, y asuntos semejantes. Las publicaciones respecto de estos temas, o sus opiniones en entrevistas o foros no dejaron de crearle problemas con la autoridad eclesiástica. En uno de sus últimos escritos afirmó: “He tratado de ser comprensivo con los tiempos actuales. Creo que he podido acoger sin problema los cambios que se han producido. Más bien he sentido que otra gente se ha quedado atrás. La ciencia moral, que es a lo que yo me he dedicado, a uno lo prepara a aceptar los cambios, a prevenirlos, a suponerlos”. Vio con alegría que el Papa Francisco abría las puertas para que muchos de esos puntos conflictivos fueran discutidos claramente en el Sínodo sobre la Familia. El no se consideraba un sacerdote rebelde, como lo catalogaban algunos, y con toda sencillez planteaba que quería aportar su opinión.

La vida de José Aldunate fue un largo peregrinar desde su origen en el seno de una familia creyente, acomodada y tradicional que quiso educar a sus hijos al estilo inglés y los llevó a Inglaterra para ello, pasando por su corta pero decisiva estadía en el Colegio San Ignacio para sus últimos años de humanidades, su larga y no siempre fácil formación en la Compañía y la evolución descrita en estas líneas. Su respuesta serena y reflexiva al llamado de Dios y la fidelidad a su vocación lo orientaron en una dirección que difícilmente habría sido previsible dado su origen social. Hay en su vida como jesuita líneas que permanecen: su austeridad, su amor a la pobreza, su talante fuertemente utópico en el buen sentido de la palabra, su autoidentificación como alguien que cultivaba la ciencia moral. Pero del joven que no dejó de sufrir durante su noviciado en Chillán y del sacerdote que encontró Alberto Hurtado en Paray-le Monial en 1948 “con un espíritu muy amplio, muy espiritual, muy equilibrado... y sobre todo muy abierto y comunicativo” aunque “no se da cuenta de todo su gran valer y tiende a deprimirse”, al luchador valiente, decidido, tozudo y astuto por los derechos humanos o al “periodista” siempre deseoso de abrir nuevas rutas en la postura moral o eclesiológica de la Iglesia, hay un largo trayecto marcado por el Concilio Vaticano II, la teología de la liberación, la renovación de la moral, la experiencia obrera y poblacional y el trabajo práctico y teórico por los derechos humanos. Pero las responsabilidades que desempeñó en la Compañía y el papel que jugó en la defensa de los derechos humanos en horas oscuras de nuestra patria confirman con creces la intuición de Alberto Hurtado en esos años: “Creo que hay en él una esperanza”.

Alguna vez confesó que en su juventud le había preocupado mucho la eternidad y que su consideración fue clave para elegir la vida religiosa, pero con el tiempo había dejado la eternidad en las manos de Dios, en quien creía sólida, austera y profundamente, para preocuparse de los asuntos de este tiempo. Dijo no pensar mucho en la muerte: “vendrá y no le tengo ningún miedo”.



PROMETO
ENTRAR EN
LA MISMA
COMPANIA
PARA VIVIR
EN ELLA
PERPETUAMENTE

†
ihs
Compañía de Jesús